MISTERIOS DEL PÁJARO MAGO

Para el aprendiz de lector grave que era yo en la escuela, las primeras páginas teatrales que me cupieron en suerte fueron una triste interrupción de la magia. Poco tenía que ver *El sí de las niñas,* que me sirvió de ingreso en el drama, con un incipiente canon de preferencias, me atrevo a decir ahora, resueltamente pictóricas. La ansiedad transparente y los aires puros de *Platero y yo,* que me recordaban algunas mañanas, monte arriba de mi pueblo; las sombras que venían a ganar el mundo un atardecer lleno de presagios en un cuento habitado por un pastor viejo y un zagal, al que el demonio precipita en una sima que, desde entonces, ha sido un pozo incalculable de fascinación; el encanto presentido de un huerto claro donde madura el limonero, cuando se leía ese verso al amparo de las ventanas nevadas, no dejaban lugar para el aprecio de las palabras prisioneras de un salón que apenas constaba de una puerta y una silla. Para el aprendiz de escritor que empezaba a ser yo en la escuela, Juan Ramón Jiménez y Baroja y Machado eran maestros amistosos, hombres como de pueblo, habitantes de otro valle que hacían paisajes con palabras, como los que quería hacer yo. Moratín era un extraño incomprensible.

Por alguna razón intemperante pensaba yo que la literatura vivía en las metáforas y en las descripciones. Los diálogos teatrales valían menos a su lado y el mayor lamento en ese escalafón del artificio pesaba sobre las acotaciones, tan precarias, siempre libres de la necesidad, que entonces me parecía prestigiosa, de recurrir al diccionario para descifrarlas. Pero yo aún ignoraba las acotaciones abrumadoras de Valle. Mi iniciación era modesta y reglamentaria: «Sale D. Diego de su cuarto. Simón, que está sentado en una silla, se levanta». Y nada más. Al menos en el cine, que era la fábula más alentadora de cuantas yo frecuentaba, podía verse cómo era la silla y la puerta y el disfraz de los actores. Y no se sospechaba entonces que las películas tenían un guión y que también allí se enfrentarían los ojos a una prosa funcional en la descripción de habitaciones. Qué cerca estaba uno de vivir la vida como un sueño y qué lejos de entender los rigores que hacen que la mejor literatura parezca una desnudez soñada. «Es invierno», le basta a Ibsen acotar en una escena de *Casa de muñecas.* «Habitación pintada de amarillo», propone Lorca a los lectores más versados en el simbolismo cromático de la muerte al comienzo de *Bodas de sangre.* «Reina en el lugar una atmósfera de ensueño, un ensueño que surge de la realidad», confía Miller a la iniciación del lector de dramas que ya ha aprendido a creer ciegamente en las palabras.

Afortunadamente, seguí leyendo obras de teatro y quise profesar en la fe del verbo según esas convenciones de la abstención, según esos hábitos de la sugerencia. Aprendí de O'Neill que una manera de describir a un hombre consiste en enumerar su biblioteca. La residencia de verano de James Tyrone, en *Largo viaje hacia la noche,* consta de las novelas de Balzac, Zola y Stendhal, de las obras de Dumas, Víctor Hugo y Charles Lever, de los poemas de Swinburne, Rosetti, Ernest Dowson y Kipling, de una enciclopedia de la literatura universal en cincuenta tomos, de tres colecciones de Shakespeare y de la *Caída del imperio romano* de Gibbon. Añade que «todos estos libros tienen aspecto de haber sido leídos una y otra vez». Juzguen ustedes el talante de su propietario. Y con tan copiosa carga en la memoria llegué un día hasta Samuel Beckett, que desconfía de los objetos múltiples y cifra la humanidad en un árbol y una cuneta, también alcanzados por la duda de si alguna vez el horizonte producirá a Godot.

Entonces quise yo ser agricultor de elipsis y volviendo a la semilla, dejar páginas como cuadros. Pinturas llenas de emoción y discretas en pinceladas. Como un óleo de Winslow Homer en el que un hombre, de espaldas y en mangas de camisa, siega un campo de trigo. La revelación está en el título: *The Veteran in a New Field* (1865). Esas palabras conminan a seguir mirando para entender. Hasta que se descubre en una sombra, a la derecha del cuadro, una guerrera y una cantimplora, recién abandonadas para entregarse a la labor. ¿Cómo habría sido la acotación de esta biografía detenida en un sueño de tranquilidad, de esta esperanza del soldado en una vida civil? Me gusta pensar que las divinas palabras de Valle habrían ejercido su magia sobre el trigo. Porque nadie como él para vestir el misterio con palabras también sagradas: «el pájaro mago entra y sale en su alcázar, profetizando». Esto lo escribió don Ramón para acotar. Sin duda, también para dejar memoria en los aprendices de lectores graves. ■

Pablo Andrés Escapa
Biblioteca Real